

1. La espiritualidad vicenciana: una espiritualidad misionera, sinodal y profética



Queremos vivir la celebración de los 400 años de la fundación de la Congregación de la Misión (2025) como una ocasión privilegiada de revitalización de nuestra identidad misionera, sinodal y profética, siguiendo el camino trazado por la Iglesia y asumido por nuestra 43 Asamblea General (2022). Para ello, nada mejor que empezar reflexionando sobre la espiritualidad que nos vertebra e identifica como herederos del carisma vicenciano.

1. VER – Una mirada contemplativa

No hace falta volver a una definición rigurosa de lo que sea la espiritualidad vicenciana. Sabemos que se trata de un estilo de vida cristiano que se inspira en el itinerario espiritual de San Vicente de Paúl. Un modo propio de seguir a Jesucristo, revistiéndose de su espíritu de caridad para acompañarlo en su misión de evangelizar a los pobres y de formar evangelizadores clérigos y laicos. Así lo sintetiza, con meridiana claridad, el artículo 1 de nuestras Constituciones. Este es, en efecto, nuestro camino de santificación, la finalidad de nuestra presencia y actuación en la Iglesia y en el mundo, nuestro carnet de identidad.

Hay, por cierto, distintas formas de interpretar la espiritualidad vicenciana, enfatizando esta o aquella dimensión que la caracteriza. Sin embargo, ninguna interpretación puede dar por descontado el fundamento que le otorga solidez evangélica, hondura mística, relevancia eclesial y vitalidad apostólica. Nos referimos a la identificación dinámica con la persona de Jesucristo, contemplado en el misterio de su encarnación, considerado en su entrega incondicional al Padre, seguido en su dedicación generosa a los pobres y servido en los más pequeños de sus hermanos. A propósito, preguntaba San Vicente, *¿qué amor podemos nosotros tenerle a Nuestro Señor si no amamos lo que él amó?* (SV X, 954-955).

Según nuestro fundador, sin referencia a Jesucristo, sin una relación permanente con él, sin la disposición continua y renovada de *amar lo que él amó*, no puede haber caridad ni misión que sean dignas de esos nombres. Y el corazón de Jesús desbordaba de *amor al Padre*, cuya voluntad era el alimento de su vida y el espejo de sus acciones (cf. Jn 4,34; 5,19), y de *amor a los pobres*, a los cuales se reconocía enviado y con los cuales quiso identificarse de modo radical (cf. Lc 4,18; Mt 25,40). Precisamente así, lleno de pasión por el Padre y de compasión por los pobres, Jesús de Nazaret confió a sus discípulos la continuación de su obra salvadora (cf. Lc 10,1s; Mc 16,15). La espiritualidad vicenciana nos implica directamente en la misión del Hijo de Dios: *“Sí, nuestro Señor pide de nosotros que evangelicemos a los pobres: es lo que él hizo y lo que quiere seguir haciendo por medio de nosotros”* (SV XI-1, 386). Desde este núcleo irrenunciable que es la persona misma de

Jesucristo – a quien encontramos en el Evangelio, en la Eucaristía y en los Pobres – se perfilan los elementos constitutivos de la espiritualidad vicenciana: la confianza en la Providencia, la búsqueda y el cumplimiento de la voluntad de Dios, la integración entre evangelización y servicio, la vida fraterna en comunidad, las virtudes que nos definen, la vivencia de los consejos evangélicos, etc.

2. JUZGAR – un discernimiento lúcido

Una vez sentadas las bases de la espiritualidad misionera recibida de San Vicente de Paúl, podemos hablar de su profecía para la Iglesia y el mundo de hoy. Y eso también puede plantearse de varias maneras, siempre que mantengamos el vínculo con su núcleo identificador descrito arriba. En general, cuando se habla de espiritualidad vicenciana, se destaca su aspecto operativo, su dimensión activa o práctica, su impulso hacia la acción. Y no hay duda de que ese aspecto es legítimo e imprescindible. Sin embargo, no es lícito aislarlo de su fuente, de su manantial místico, de su dimensión contemplativa, de su referente fundante. Hacerlo sería desmerecer el contenido de la experiencia que Vicente de Paúl nos transmitió y abastardar la herencia que nos legó. La 43 Asamblea General quiso recordarnos muy oportunamente que *“nuestra vida espiritual íntegra y anima nuestra comunidad y nuestra actividad misionera, que son esenciales para nuestra identidad vicenciana. Por lo tanto, nos comprometemos a ‘revestirnos del espíritu de Cristo’ y redescubrir la dimensión contemplativa de nuestra espiritualidad vicenciana, mientras nos esforzamos constantemente por ser fieles a la oración, los votos y las virtudes vicencianas”*.

Una visión meramente funcional, pragmática y voluntarista de la espiritualidad vicenciana se equivocaría por reduccionismo, atrofiaría sus potencialidades y no le permitiría irradiar toda la inspiración que conlleva, como si fuera una espiritualidad de pura inmanencia. En este caso, lo máximo que podríamos descubrir en ella sería un ideal motivador para la praxis, pero no propiamente su sustrato evangélico más denso, lo que posee de más esencial y estimulante: un camino de configuración con Cristo, enviado por el Padre para evangelizar a los pobres; una llamada a una auténtica experiencia de Dios-Amor en el corazón de la vida; una respuesta a las inquietudes más profundas del ser humano; un camino de santidad y una escuela de caridad a la vez; un aliento místico capaz de sedimentar las virtudes y los valores que ennoblecen y cualifican nuestro vivir, convivir y actuar; un horizonte de sentido que ilumina la travesía de la existencia con los rayos de la fe; una esperanza que se extiende más allá de la historia y nos abre al futuro prometedor de la eternidad. Una espiritualidad que nos puede nutrir, vivificar e alentar en todas las etapas y situaciones de la vida, incluso en medio de las crisis inevitables que nos acechan, como también cuando ya nos faltan las fuerzas necesarias para empeños y actividades más intensos y extensos.

En una época como la nuestra – marcada por graves trastornos psicológicos y rupturas interpersonales, además de fracturada por polarizaciones políticas, extremismos ideológicos, fundamentalismos religiosos y disensiones eclesiales – la pertinencia profética de la espiritualidad vicenciana se revela en su *equilibrio dinámico*, en su potencial humanizador, en su capacidad de armonizar realidades que podrían parecer distantes o incluso antagónicas, realidades que tocan de cerca las principales dimensiones de nuestra vida (afectiva, ética, espiritual, apostólica, comunitaria, intelectual, etc.), como: la verdad y la bondad, la contemplación y la acción, la coherencia y la flexibilidad, la audacia y la prudencia, la firmeza y la suavidad, el silencio y la palabra, la confianza y la prontitud, el discernimiento y la decisión, el anuncio del Evangelio y el cuidado de la vida, el espíritu de fe y la conciencia crítica, la profundidad y la practicidad, el realismo y la esperanza, la humildad y la magnanimidad, la cercanía personal y el cambio estructural, la seriedad y el

buen humor, etc. En efecto, dichos binomios señalan rasgos notables del perfil humano de Vicente de Paúl, que se tradujeron en su forma equilibrada de vivir y actuar y que tuvieron frecuente eco en los consejos y recomendaciones que dirigía a los suyos.

Diversas enseñanzas de San Vicente explicitan el equilibrio que caracteriza la espiritualidad con la que enriqueció a la Iglesia. Valga aquí la conocida relación que establece (valiéndose de la intuición de San Francisco de Sales) entre el amor afectivo y el amor efectivo, es decir, el amor unitivo al Señor y el amor oblativo al prójimo necesitado, lo cual, en realidad, no es más que un mismo y único amor, aprendido de Jesucristo (cf. Mc 12,29-31; Jn 10,17): *“Un corazón que ama a Nuestro Señor no puede sufrir su ausencia y tiene que unirse con él por ese amor afectivo, que produce a su vez el amor efectivo. Porque no basta con el primero; hay que tener los dos. Hay que pasar del amor afectivo al amor efectivo, que consiste en el ejercicio de obras de caridad, en el servicio a los pobres emprendido con alegría, entusiasmo, constancia y amor”* (SV IX-1, 534). En la misma línea se sitúa la convicción de Vicente sobre la integración entre la contemplación y la acción, siendo que la primera debe preceder a la segunda como la savia que la robustece: *“La Iglesia es como una gran mies que requiere obreros, pero obreros que trabajen. No hay nada tan conforme con el Evangelio como reunir, por un lado, luz y fuerzas para el alma en la oración, en la lectura y en el retiro y, por otro lado, ir luego a hacer partícipes a los hombres de este alimento espiritual. Esto es hacer lo que hizo nuestro Señor y, después de él, sus apóstoles”* (SV XI-4, 734). La insistencia del fundador suena como una paráfrasis del Evangelio, que ubica el seguimiento de Jesús entre la montaña de la intimidad con el Padre y la llanura del contacto con las heridas y las inquietudes humanas (cf. Lc 6,12-19). Podemos recordar también la recomendación de San Vicente sobre la relación entre la decidida lucidez que requieren los principios y la juiciosa flexibilidad que sugieren sus aplicaciones: *“Cuando dije que había que ser invariable en el fin y moderado en los medios, expuse cuál ha de ser el alma del buen gobierno; si se hace lo uno sin lo otro, se echa todo a perder”* (SV II, 302). Y se podrían citar muchos otros ejemplos reveladores de la sensatez del hombre de discernimiento que fue Vicente de Paúl...

3. ACTUAR – Un compromiso renovado

En el panorama de la sinodalidad a la que nos invita el Papa Francisco, una espiritualidad vicenciana bien consolidada estimula las *síntesis vitales* que tanto necesitamos para mantener o recuperar el equilibrio humano, espiritual, relacional, misionero, eclesial y social que tanto necesitamos. Eso implica no encerrarse en unilateralismos irremediables que imponen viseras ideológicas y entablan polémicas beligerantes, ni extraviarse por espiritualismos de evasión o por praxismos de mera conveniencia, ambos igualmente nocivos. Los tiempos actuales reclaman una *espiritualidad integradora*, de unidad dialéctica, capaz de armonizar la contemplación y la compasión, la trascendencia y la solidaridad, la liberación histórica y la salvación eterna, teniendo siempre a Jesucristo como piedra angular. Finalmente, el discernimiento que precede y acompaña a una espiritualidad vicenciana del equilibrio se traduce en una *vigilancia serena y lúcida, orante y activa*, que sabe identificar, a la luz de la fe, la oportunidad que ofrece cada momento y la postura que recomienda cada situación. Por lo demás, las palabras del Papa nos regalan una clave de comprensión de la profecía que se irradia de la espiritualidad vicenciana: *“Evangelizadores con Espíritu quiere decir evangelizadores que oran y trabajan. Desde el punto de vista de la evangelización, no sirven ni las propuestas místicas sin un fuerte compromiso social y misionero, ni los discursos y praxis sociales o pastorales sin una espiritualidad que transforme el corazón”* (EG 262).

Para reflexionar:

1. **A nivel personal:** en mi vida diaria, ¿busco en la espiritualidad vicenciana el equilibrio que necesito para vivir con consistencia y entusiasmo mi vocación misionera?
2. **A nivel comunitario:** ¿estimulamos entre nosotros una asimilación más profunda de nuestra espiritualidad, a través de la oración, la meditación del Evangelio, la práctica del discernimiento, la vivencia sacramental, el encuentro con los pobres y una sólida formación?
3. **A nivel provincial:** ¿las prioridades que establecemos y los objetivos que perseguimos están inspirados por una adecuada comprensión y por una conveniente aplicación de los elementos constitutivos de la espiritualidad vicenciana?
4. **A todos los niveles:** ¿nos dejamos inspirar e interpelar por la profecía de la espiritualidad vicenciana hacia una experiencia de fe más radical, una entrega misionera más generosa y una comunión fraterna y eclesial más coherente?

Para concluir...

Bienaventuranzas de los Misioneros Vicencianos

1. Felices *los llamados a seguir a Jesucristo, evangelizador de los pobres*, porque, revestidos de su espíritu, anunciarán su mensaje y continuarán su obra de amor.
2. Felices *los que no pierden el sentido de la presencia de Dios y confían en su Providencia*, porque, en el discernimiento de cada día, descubrirán y cumplirán su voluntad.
3. Felices *los que se dedican a evangelizar y servir a los pobres*, con palabras y obras, porque harán germinar las semillas del Reino en el terreno de la historia.
4. Felices *los que trabajan para formar a los clérigos y los laicos*, despertando en ellos el anhelo de la santidad y la pasión misionera, porque ayudarán a la Iglesia a realizar su misión.
5. Felices *los que se esfuerzan en mantener la armonía entre contemplación y acción*, porque vivirán con autenticidad y entusiasmo la vocación que recibieron.
6. Felices *los sencillos*, porque, amando a la verdad, serán íntegros y transparentes en su vivir, hablar y actuar.
7. Felices *los humildes*, porque, reconociendo que todo bien viene de Dios, no se buscarán a sí mismos y aprenderán a ser siempre más generosos y disponibles.
8. Felices *los mansos*, porque, cultivando la serenidad y la constancia, moderarán sus impulsos, tratarán a todos con cordialidad y se dispondrán a perdonar.
9. Felices *los mortificados*, porque, abrazando la cruz, resistirán a las adversidades, renovarán el vigor y perseverarán en el bien comenzado hasta el final.
10. Felices *los celosos*, porque, abrasados por la caridad, se entregarán con ardor y creatividad por el bien y la salvación del prójimo.
11. Felices *los que se hacen castos* por el Reino, porque, con un corazón indiviso, podrán amar a Dios y a los hermanos con más libertad y tenacidad.
12. Felices *los que abrazan la pobreza*, porque, encontrando en Dios su suprema riqueza y libres de apegos, se solidarizarán con los más necesitados.

13. Felices *los que saben obedecer* con libertad, porque, renunciando a la autosuficiencia, acogerán juntos las inspiraciones e impulsos del Espíritu del Señor.
14. Felices *los que llevan vida fraterna en comunidad*, porque, en la comunión y el diálogo, se apoyarán mutuamente en la fidelidad y darán testimonio de la caridad.
15. Felices, en fin, *los que dedican el tiempo breve de sus vidas a amar y a servir* en el seguimiento de Jesús, porque vivirán eternamente con aquel que les eligió y envió.